

## VESPERTINO.

### CONOCIENDO LOS MALES QUE CAUSA EL PECADO, NO PODEMOS MÉNOS DE DETESTARLO.

PARA LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

*Quasi à facie colubri fuge peccata... Dentis leonis dentes ejus, interficientes animas hominum.*

Huye del pecado como de la vista de la serpiente... Sus dientes son dientes de leon que matan las almas de los hombres.

*Eclesiástico, c. 21. v. 2 y 3.*

¿Quién es capaz en el mundo de conciliar la sinceridad de la Fe y el uso perfecto de la razon con la desarreglada conducta del pecador? La Fe, la razon y la experiencia le hacen palpar que es inevitable la muerte, y que en toda su vida no hay un solo momento en que no pueda ser sorprendido y devorado por aquella fiera. La Fe le enseña que de ningun modo le será posible evitar una de las dos suertes, que la providencia irresistible de Dios ha decretado para todos los mortales; á saber, las delicias de la gloria ó los tormentos del infierno: le enseña igualmente que una alma manchada con el pecado mortal jamas podrá entrar en el reino de los cielos, y que por el contrario hallándose adornada con la gracia del Señor, no puede caer en los calabozos infernales; que el estado de gracia ó de pecado en que se halle el hombre en el instante último de su vida, decidirá infalible, absoluta é irrevocablemente su suerte para toda

la eternidad. La razon le instruye en que todo el tiempo que pueda durar su vida mortal, aunque sea un siglo ó cien millones de siglos, es ménos que un momento indivisible comparado con la eternidad; y que por tanto el mayor, el único de sus verdaderos intereses es asegurarse para entónces una suerte feliz, aunque sea á costa de sufrir todas las incomodidades, dolores, privaciones y trabajos; ó lo que es lo mismo, que todo su anhelo debe ser huir del pecado y conservar á toda costa la gracia y la virtud. La experiencia le exhorta á que esté siempre dispuesto, porque la muerte puede asaltarle, cuando esté mas descuidado, como sucede por lo comun á la mayor parte de los hombres.

Esto no obstante el cristiano se ciega, se deja seducir; apetece, busca su engaño; se expone voluntariamente á los peligros; se arroja, se precipita en el pecado; se empeña en hacer cada dia mas difícil, si no del todo imposible, su salida de este abismo, con la frecuente repeticion de sus caídas.

Admirable es por cierto esta conducta; pero hay otras cosas que llaman mas mi admiracion. Soy hombre, soy miserable, soy pecador y veo por experiencia propia la suma debilidad de nuestra naturaleza; el poder, la violencia de nuestras pasiones, y la sagacidad, obstinacion y perfidia de nuestros enemigos; y no me extraña por tanto, que el hombre, aunque cristiano, se rinda alguna vez y caiga en la culpa. Lo que me llena de confusion, de temor y de desconfianza, es el ver que siéndole tan fácil é interesante, no se apresure á reparar inmediatamente su caída, que tenga la imprudencia de permanecer dias, meses, años y acaso toda la vida en un estado tan lamentable: esto es lo que de ningun modo acierto á conciliar con la sinceridad de la fe y con la sanidad y entereza de la razon.

Pasados aquellos ominosos momentos en que os procurasteis el desahogo de todas las pasiones, ¿experimentáis algun nuevo placer, alguna otra satisfaccion en abrigar en vuestro seno ese venenoso basilisco que tiene inundado vuestro corazon de su mortífera ponzoña; ese monstruo de malignidad que os hace incapaces de todo bien, y que con una fuerza irresistible atrae sobre vosotros el inmenso cúmulo de todas las desgracias? ¿Qué es si no pecadores, qué es lo que os mueve á permanecer en el infeliz estado de la culpa?

Voy á deciroslo en pocas palabras; el no conocerla: por lo

que insistiendo en el objeto que me propuse en el principio de esta cuaresma, que es exhortaros á la verdadera penitencia, procuraré haceros conocer en algun modo lo que es el pecado mortal, pues tengo por imposible que conociéndolo, no lo detestéis de todo corazon y lo desterréis para siempre de vosotros, que es en lo que aquella consiste, segun demostré la tarde pasada (1).

Señor, en el feliz resultado de esta empresa se cifra tal vez la gloria de vuestro honor y la salvacion de estas almas redimidas con vuestra sangre; y siendo por una parte muy escasas mis luces, y no pudiendo asegurar por otra que las disposiciones de mis oyentes sean mas favorables que hasta aquí, solicito los auxilios de vuestra gracia, para que mis palabras consigan el efecto deseado. Hagámosle todos esta súplica por la mediacion de su santísima Madre. *Ave María.*

No pudiendo el arte ni la naturaleza subministrarnos colores suficientes para retratar con perfeccion el horrible y abominable monstruo del pecado mortal, me valdré para daros alguna idea, aunque muy débil, de su monstruosidad, de las tiernas y expresivas lágrimas con que lo lloró el Hombre-Dios. Cuando en la muerte de Lázaro y á vista de Jerusalem lloró este divino Salvador, cuya omnipotencia habia demostrado mas de una vez, no se propuso otro objeto, que darnos á conocer los estragos que el pecado causa en el alma, que tiene la desgracia de cometerlo. No creo poderos presentar una prueba mas palpable de la infinita deformidad, de la odiosidad execrable, de los espantosos efectos de este monstruo. Todo un Dios, el Dios poderoso y fuerte, aquel Dios inalterable, que sufre con una serenidad propia de la grandeza infinita de su alma los tormentos mas crueles y la muerte mas horrorosa; este mismo Dios solo parece dar indicios de alguna debilidad, cuando tiene á su vista, no el mismo pecado, sino solo una débil figura, una imágen imperfecta. Pero no debemos extrañarlo, porque con solo presentarse á su imaginacion la idea de este monstruo en el huerto de las olivas, le abandona el espíritu, le faltan las fuerzas, se

(1) El vespertino á que se refiere el Sr. González, se halla en la pág. 68 del tomo cuarto de los sermones de *Mision.*

rinde, desfallece, cae por tierra y prorumpe en un general y copiosísimo sudor de sangre, que acabara con su vida, si el cielo compadecido de su cruel situacion, no se hubiese dignado confortarle por el ministerio de un ángel. Bien conocia que todos los pecados del género humano, que cargaba sobre sí con la cruz, eran incapaces de imprimir la mas mínima mancha en su alma; sin embargo se estremece, se aterra, le parece imposible soportar una escena que en cierto modo le hace odiosa la vida: y el hombre, el débil mortal, el infeliz pecador, léjos de estremecerse ni horrorizarse con su presencia, lo busca con ansia, hace los mayores esfuerzos por familiarizarse con él como con el amigo mas íntimo, se sienta con él á la mesa, lo coloca á su lado en el lecho, le da acogida amistosa en su seno, lo...! dónde vas á parar?

Oídme atentos, desventurados pecadores (; ojalá que mis palabras fueran tan eficaces, como las que dirigió el Salvador al cadáver de Lázaro!); oídme atentos y podréis conocer en algun modo lo que es el pecado. Cuando Jesucristo, avisado de la muerte de aquel por Marta y María, se presentó en el castillo de Betania, se hallaban las dos hermanas inconsolables, penetrados de dolor los amigos, llenos de compasion los apóstoles; y aún el mismo Jesus, á pesar de su omnipotencia é infinita sabiduría, manifestó con copiosas lágrimas el agudo sentimiento que le causaba la muerte del que habia sido su amigo; pero este permanece inmoble, sin llorar, sin affigirse, sin hacer la menor demostracion de sentir su desgracia. Mas cómo, si estaba ya difunto? cómo, si era absolutamente incapaz de conocer su situacion?

Imágen funesta! lamentable, pero fidelísimo retrato del pecador! Los mismos efectos que produce la muerte en el cuerpo, produce el pecado en su alma: la despoja enteramente de la vida; de la vida mas preciosa, la mas noble, la mas apreciable, la mas gloriosa; la priva de la vida de la gracia, por la que era amigo íntimo, hijo predilecto de Dios, participante de la divina naturaleza, dueño de todos los tesoros de la Omnipotencia y heredero del reino de la inmortalidad. Pero, oh desventura! por la muerte de su alma ha sido despojado de tan inmensos bienes; todos, todos sin excepcion le han sido arrebatados; de todos se ha hecho incapaz, puesto que ha perdido la vida. Pérdida fatal! muerte horrorosa! desgracia digna de llorarse con

lágrimas de sangre! No, no es extraño que la lloren los ángeles del cielo en extremo compadecidos, siendo así que la conocen con perfeccion: no es extraño que la lloren consternadas las almas justas, y se estremezcan al ver su espantosa figura: no es extraño que la llore el Dios omnipotente que había dado el ser á su pobre alma; el mismo Dios que viéndola una vez desventuradamente muerta, se dignó restituírle la vida á costa de su misma sangre, del sacrificio mas doloroso, de la muerte mas inhumana, y como que se manifiesta dispuesto á padecer y morir de nuevo, si necesario fuere, para volverla á la vida.

En medio de todo esto el pecador es el único que nada siente, que por nada se aflige, que nada echa de ménos, porque se le ha acabado el sentimiento, ha perdido enteramente el uso de la razon, le ha faltado la vida. Así es que oprimido con un peso enorme, insoportable, con el odio y detestacion del mismo Dios, ni procura sacudirlo, ni advierte siquiera que lo lleva sobre sí.

El odio del mismo Dios! sí, pecador: *odio sunt Deo impius et impietas ejus*, dice el sabio (1). Desde el momento desventurado en que te arrojaste al abismo de la culpa, atrajiste sobre tu pobre alma todo el furor, toda la execracion de Dios: te aborrece de modo que ni aún puede tolerar tu presencia: *mundi sunt oculi tui, ne videas malum, et respicere ad iniquitatem non poteris* (2): al querer fijar sus miradas compasivas en la obra de sus manos, se le presenta con la mayor viveza tan ignominiosa, tan horriblemente desfigurada y espantosa, que le es repugnante mirarla. El odio, la execracion de todo un Dios; del absoluto dueño, del árbitro, soberano del universo entero; del dispensador de todos los bienes y males; de todo un Dios, á quien adoran con el mas profundo respeto, cuya gloria defienden con el mas ardiente celo, y cuyas injurias desean vengar con la mas justa severidad los cielos y la tierra, los brutos y las piedras, las plantas y los elementos...! ¿Cómo es, insensible pecador, cómo es que no te asustan y aterran tantos y tan poderosos enemigos? Abre siquiera los ojos del cuerpo, reflexiona un momento: mira con seriedad tu ignorancia, tu debilidad, tu miseria; mira el fiero despotismo de tus pasiones; mira el trabajo, el hambre, la sed, el dolor, la enfermedad, la muerte;

(1) Sap. c. 14. v. 9: (2) Habac. c. 1. v. 13.

mira los incendios, los terremotos, la esterilidad, la peste, la guerra; mira esas furiosas tempestades que despiden con tanta frecuencia los rayos de la divina venganza; mira esas terribles inundaciones que haciendo salir de madre los mas caudalosos rios, se absorben en pocos momentos poblaciones enteras con todos sus habitantes; mira por último el violento fuego de un infierno aterrador que abrasa sin consumir tantos millones de almas; mira y no dudes que todo, todo es efecto de un solo pecado, pero de un pecado que ya se nos ha perdonado por la misericordia del Señor.

Todas las criaturas animadas de un ardiente celo por la gloria de su criador omnipotente, y deseando vengar la injuria que se le ha irrogado por el hombre, se declaran enemigas implacables de este monstruo de ingratitud; le aborrecen, le persiguen de muerte; y el hombre insensato sin advertir que va marcado con el sello ignominioso, cuya vista excita contra sí el furor de toda la naturaleza; este miserable ¿vive sin recelo, en la mas deplorable confianza, en la mas perniciosa seguridad: este ser incomprendible ¿se atreve á fijar sus piés en la tierra, sin temer que la tierra se abra, le devore, le sepulte para siempre? ¿se atreve á tomar el alimento, á beber una sola gota de agua, sin que le ocurra que puede esconderse en ella el mas activo veneno, que en un momento y de un modo desastroso haga terminar su existencia? ¿se entrega descuidado al sueño, sin ocurrirle que acaso no despertará ya jamas? Qué es esto! ¿puede ignorar acaso el pecador, que desde el momento en que tuvo la desgracia de cometer el pecado, lleva escrita en su frente con caracteres indelebles la sentencia de su eterna condenacion? ¿puede ignorar que en el momento mismo en que le arrebató la muerte, se precipitará su alma en el insondable abismo de todas las desgracias; será presa de las furiosas llamas de un infierno en que arderá sin fin, sin consuelo, sin esperanza, sin remedio? Cómo conciliar la fe con semejante conducta? Á no verse con tanta frecuencia, ¿seria creíble, podria imaginarse una insensatez tan asombrosa, una ceguedad tan funesta? Solo el pecado, solo una injuria infinita hecha contra una majestad infinita pudiera cegar en tales términos el entendimiento y debilitar hasta el extremo la resplandeciente antorcha de la Fe en el corazon del hombre: ay! casi está amortiguada.

El difunto Lázaro no podia ver una siquiera de cuantas dili-

gencias se practicaron para volverle á la vida. Si los innumerables rayos del sol se hubieran reunido en el estrecho recinto de su sepulcro, aún no hubieran llegado á percibir sus ojos la mas mínima claridad; si la música mas sonora y armoniosa, ó el horrible estruendo de una numerosa artillería hubiera estallado de improviso á sus mismos oídos, no hubieran podido percibir el mas débil sonido, porque estaban absolutamente cerrados con los candados de la muerte; si toda la dulzura de la miel ó los amargos mas crueles é insoportables se hubieran colocado dentro de su boca, su paladar no hubiera percibido la mas pequeña sensación, de la que no era susceptible por estar inhabilitado por la muerte: así el pecador, privado por la culpa de la preciosa vida de la gracia, queda completamente destituido del uso de sus miembros, de los sentidos, de la razon, de todas las operaciones vitales. El miserable, para colmo de su desgracia, vive en una ilusion, en un engaño funesto: conserva la vida natural; conserva el ejercicio de sus sentidos corporales y aún el uso de la razon para los negocios terrenos: conserva por un efecto de la divina misericordia la fe y la esperanza, á ménos que expresamente haya arrojado de su corazon estas virtudes; percibe los objetos materiales con la misma claridad, con tanta perfeccion como los percibia en el estado de la gracia. Tal vez considera, discurre acerca de los bienes espirituales y eternos, y no cree por tanto que le ha faltado la razon, el movimiento, el sentido, la vida en el órden sobrenatural. Todo absolutamente le falta, y nada echa de ménos: funesto, lamentable engaño!

Si Lázaro, si cualquiera de los demas difuntos fueran dueños en el instante de su fallecimiento de todas las riquezas que oculta la tierra en sus entrañas; de los palacios mas magníficos que ha podido inventar el arte para halagar las pasiones; de todos los muebles, adornos y regalos á que parece estar vinculada la felicidad de los mortales; si todo esto, digo, estuviera á su disposicion, en aquellos momentos de nada les serviría, aunque tal vez por adquirirlo y asegurar su dominio aceleraran su muerte con los desvelos, trabajos y sacrificios empleados al efecto. Todo, todo pereció para ellos con la muerte: idea en extremo dolorosa!

Observa, pecador, y verás un espantoso, pero fiel retrato de tu situacion desventurada. Todas las virtudes, todos los méritos

adquiridos por ellas en el discurso de tu vida, todo pereció para ti con la muerte de tu alma. Aquellos tesoros inapreciables que habias conseguido reunir á costa de tantos y tan dolorosos sacrificios, depositándolos en el cielo para preservarlos de la oruga, de la polilla, de los ladrones, todo pereció por tu imprudencia, todo te lo arrebató el pecado. Despues de diez, cincuenta ó mas años empleados en fervorosas oraciones, en rigurosos ayunos, en abundantes lágrimas, en la práctica de todas las virtudes, has tenido la debilidad de sucumbir á la tentacion, en cuyo fatal momento perdiste desgraciadamente cuanto habias merecido hasta entónces; y si mueres en aquel infeliz estado, es tan segura, tan irreparable tu eterna condenacion, como si nunca hubieras hecho la mas pequeña obra meritoria en la presencia de Dios.

No es mi ánimo aterraros, amados hermanos míos; solo sí procuraros un desengaño y apartaros, si me es posible, de ese abismo de miserias en que os ha sumergido la culpa. Lo repito, aunque con el mayor sentimiento de mi corazon: aunque hubierais reunido los méritos de todos los apóstoles, de todos los mártires, de todos los confesores, de todas las vírgenes, de todos los bienaventurados; aunque el Unigénito de Dios os hubiera cedido todo el precio de su sangre, que es infinito, todo lo perdisteis, todo se acabó para vosotros, en el momento en que por el pecado disteis á vuestra alma una desastrosa muerte. Qué pérdida tan lamentable! pero no desmayéis por eso, que el Dios de las misericordias os proporciona el medio de repararla. Vosotros no pudierais merecerlo de modo alguno, porque no conserváis el menor derecho; pero un Dios amorosísimo custodia con exquisita diligencia todos vuestros tesoros, para devolvéroslos íntegros, cuando por una verdadera penitencia entréis de nuevo á participar sus bondades.

Ó benignidad inapreciable de nuestro Dios! venid, pecadores; corred presurosos al saludable baño de la penitencia, en que os esperan tantos bienes: no queráis exponeros al inminente peligro de llorar con una irremediable desesperacion la negligencia, la insensatez con que habéis desperdiciado la mas bella ocasion, que se os presenta ahora para reparar vuestra pérdida, volver á la posesion de todos vuestros tesoros y recobrar todos los méritos que desgraciadamente habiais perdido. Venid sin la menor dilacion, que todos se os devuelven inmediatamente:

acogéos al sagrado de la penitencia y conseguiréis entrar de nuevo en relaciones con vuestro Dios, quien restituirá á vuestra alma la inapreciable vida de la gracia. Venid, no malgastéis los momentos que son preciosos. Recordád lo que os he dicho; á saber, que en el estado de pecado, en que os encontráis, nada podéis merecer delante de Dios.

No quisiera que mis exhortaciones sirvieran de ocasion ó de estímulo; para que los pecadores abandonaran el cuidado de su alma y se retrajeran de obrar el bien: ministro del Dios de la verdad, no puedo ménos de anunciar esta, por mas terrible que sea á los cristianos; ellos serian responsables, si interpretaban mal mis palabras. Las oraciones, los ayunos, las limosnas, todo género de buenas obras, todo esto es incapaz de merecer la gracia ni la gloria; y lo peor es que semejantes obras no pueden resucitar por medio de la penitencia, porque jamas han gozado el beneficio de la vida: sin embargo no por eso debéis dejar de orar, de mortificaros, de obrar bien, porque ¿quién sabe si la misericordia del Señor se inclinará hácia vosotros, viendo tan buenas disposiciones, aunque no podáis fundar en ellas derecho alguno para obligarle á que se compadezca de vuestra miseria? ¿Quién sabe si Dios quiere prepararos por esos medios, para que recibáis mejor las ulteriores influencias de su gracia? Si su bondad infinita llama para sí al pecador mas abandonado que ni remotamente piensa convertirse, ¿cómo es posible que desprecie y abandone á los que manifiestan ciertos deseos de volver á su amistad? Sin embargo lo cierto es que, por dilatar vuestra conversion, os priváis de los méritos que con esas buenas obras pudierais atesorar para el mas terrible de los días; porque aquellos se fundan en la posesion de la divina gracia, de la verdadera caridad, de que el pecador carece. Por eso dice expresamente el apóstol san Pablo (1), que la fe mas firme, las mortificaciones mas austeras, las limosnas mas abundantes, de nada sirven faltando la caridad: es decir, que por ellas no es capaz el pecador de contraer mérito alguno en la presencia de Dios.

De aquí podéis inferir que le es imposible volver por sí solo á la vida de la gracia. Para esto es indispensable reparar el honor de Dios que ha vilipendiado con la culpa, y dar á su infi-

(1) I. Cor. c. 13. v. 2. et 3.

nita majestad una satisfaccion igual á la gravedad de la injuria que le ha irrogado. Y cómo ha de serle esto posible? quién es el hombre comparado con su Dios? La imaginacion se pierde al considerar esto: la distancia es inmensurable, infinita; pero ella es la regla por donde se mide la gravedad de la ofensa y la dificultad de satisfacer. Por esta razon el menor de los pecados mortales hace á Dios una injuria infinita; y el infeliz pecador se ve constituido en una verdadera imposibilidad de repararla. Qué digo el pecador? todos los hombres, y aún todos los ángeles juntos son incapaces de volver á Dios el honor que le quita un solo pecado. Y aunque el Señor por un acto de su generosidad y misericordia pudiera aceptar cualquiera retractacion, humillacion ó sacrificio del pecador, perdonándole por este medio su pecado; mas en el tribunal de su infinita justicia ha resuelto no aceptar satisfaccion alguna, si no guarda una perfecta igualdad con la gravedad de la ofensa.

Miserable pecador! qué desgracia tan lamentable has llamado sobre ti! Alma infeliz! alma desventurada! ya casi no me admira que el hombre á pesar de su soberbia envidie la suerte del irracional y haga lo posible por embrutecerse. Ó pecado! triste origen de todos los males, y mas horroroso que todos ellos! Ó pecado! tú solo sujetas al hombre á la servidumbre mas infame y cruel; tú le haces esclavo de Satanás, tú aprisionas al alma con unas cadenas tan duras, que nada será capaz de romper, aunque se reunan las fuerzas todas del mundo, porque son nada ménos que la justicia omnipotente del Señor: tú despojas de la gracia las obras del pecador, haciendo que no puedan salir del órden de la naturaleza, y de consiguiente que carezcan de toda proporcion con los bienes sobrenaturales: tú impides que sean oídas sus oraciones en el trono de las misericordias; y le pones en peligro de que se verifique en él la terrible imprecacion que fulminó el Señor por el profeta David, cuando hablando del pecador dice: *et oratio ejus fiat in peccatum* (1).

No, gran Dios, no permitáis que llegue jamas el caso de que sus oraciones contribuyan á agravar su desdicha, á arraigar mas y mas sus vicios, á hacer del todo irreparable su infelicidad.

(1) Psalm. 108. v. 7.

Ya que lograsteis aplacar la ira de vuestro eterno Padre, satisfacer su justicia, restablecer todo su honor hasta el punto de agradarle esta satisfaccion mucho mas de lo que podíamos haberle ofendido todos los pecadores, humillándoos en su presencia, ofreciéndoos en sacrificio á vos mismo, que sois igual en la perfeccion á su majestad infinita; ya que nos habéis merecido á todos el perdon rescatándonos con el precio infinito de vuestra sangre; ya que nos habéis sacado de la odiosa esclavitud en que vivíamos, comprándonos de nuevo y adquiriendo sobre nuestras almas otro derecho semejante al que os compete por ser nuestro criador, no nos abandonéis á nosotros mismos y al furor de vuestra indignacion. Pidiérais en buena hora el Rey profeta la condenacion de todos los pecadores; yo ni me hallo dotado de su celo ni de su espíritu, y así os pido lo contrario. En las oraciones del pecador no miréis el pecado que tanto os horroriza, mirád el hombre, obra de vuestras manos; mirád su alma rescatada con vuestra sangre. Haced alarde de vuestro poder; pero sea para destruir las fuerzas del infierno y arrebatarle esa presa que mira como suya: sea para obrar en todos nosotros los admirables prodigios de vuestra misericordia.

No puedo mas. Amados hermanos míos, infelices pecadores, mirád atentos el débil retrato, en que acabo de presentaros vuestra desgraciada situacion. Privados de la vida mas preciosa, aborrecidos de Dios, perseguidos de muerte de todas las criaturas, condenados al horroroso fuego del infierno, despojados de todos cuantos méritos habiais adquirido en el discurso de vuestra vida, absolutamente incapaces de contraer otros nuevos y de salir por vosotros mismos del profundo abismo en que os habéis sumergido; no os horrorizáis? no teméis por vuestras almas? ¿Aún resistiréis obedecer al Señor, que os llama por mis labios, para aplicar un pronto remedio á todos vuestros males? ¿Perderéis todavía esta ocasion, que su infinita misericordia os proporciona, y que tal vez será la última? Ay! ay, almas justas! deshacéos en lágrimas á vista de semejante desgracia. Compadeceós de estos miserables, ángeles gloriosos. Entreguémonos todos con nuestro amorosísimo Redentor al mas amargo llanto, pidiendo al mismo tiempo fervorosamente al Señor por estos infelices ciegos, sordos, mudos, paralíticos, privados de la

razon; más estúpidos que los jumentos; más insensibles que los pedernales; más endurecidos que los diamantes, y si así puede decirse, mas criminales y dignos de castigo que los mismos demonios: pidamos al Dios de las misericordias que los restituya á la vida, al conocimiento, al uso de sus sentidos, á su gracia y amistad, para que puedan merecer la bienaventuranza de la gloria. Amen.